



MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica los dos sábados siguientes al que aparece la Revista • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 37. Apartado 160. Central tel. 33 47 00 Madrid.

AÑO XVII N.º 335

MADRID, 7 DE FEBRERO DE 1959

2.º SUPLEMENTO

DEPÓSITO LEGAL M. 1.052.—1958

• TRIBUNA LITERARIA •

UN DIA MAS

POR DARIÓ FERNÁNDEZ FLÓREZ

Algo tiraba de ella para sacar la del fondo del sueño y, aún medio dormida, se revolvió perezosamente en el lecho, hundiendo su rubia cabeza en la esponjosa almohada. Quería continuar durmiendo, no deseaba despertar. Pero el timbre del teléfono, sobre la próxima mesita, insistía imperiosamente.

La mujer intentó todavía defenderse de aquella apremiante llamada que iba a inaugurar su cotidiana realidad. Se movió impaciente sobre la cama y esperó un momento, defendiendo su sueño, con la ingenua esperanza de que aquel timbre cesara de sonar. Pero no cesó, no. Por el contrario, pareció timbrar irritable ante aquella falta de humana docilidad. Ella, entonces, se incorporó bruscamente y descolgó el aparato.

—Diga, ¿quién es?—preguntó con un marcado acento extranjero—. ¡Ah, hola, eres tú!...—continuó, dulcificando un poco la malhumorada voz—. Sí, sí, estaba aún medio dormida, es cierto; pero no importa. De veras que no importa, porque debe de ser muy tarde... ¿La una y media ya? No es posible... ¡Oh, perdóname! ¡Cuánto lo siento!... Tengo que arreglarme y tardaré un poco, ¿sabes? Quizá fuera mejor dejarlo para mañana, ¿no crees?... Bueno, como quieras, pero voy a hacerte esperar... No, no me gusta hacer esperar. Me parece que me aprietan, que me ahogan, que me aprisionan con la impaciencia de esa espera... No, no. No me hagas caso. Son tonterías mías... Espérame. Bajaré lo antes posible. Hasta ahora...

Sandra Tamberlani colgó el micrófono y permaneció un mo-

mento inmóvil sobre el lecho. Sandra Tamberlani se llamaba, en verdad. Alejandra Ivanovna Kirilov; pero el cine italiano la había prestado este nombre y con él era conocida en las pantallas del mundo. Y como la mujer había hecho muchas películas, tal nombre prestado tapaba el suyo, antojándosele ya más propio. Pero, de vez en cuando, en sus momentos de crisis, Alejandra Ivanovna Kirilov, una mujer aún joven, hija de padre ruso y madre italiana, recuperaba su autenticidad, rechazando aquel préstamo puramente cinematográfico. Y esta mañana, sin saber bien por qué, lo estaba rechazando.

Rompió bruscamente su inmovilidad y, sacando unas piernas preciosas del lecho, se puso en pie en la penumbrosa habitación, que olía a mujer y a noche. Una habitación de hotel moderno y caro, hasta la que apenas llegaban los ruidos de la ciudad. Y, perezosamente, se dirigió hasta el balcón, alzando sin prisa la persiana, que impedía entrar a la luz del mediodía. Después, se inmovilizó de nuevo, ahora junto al luminoso balcón.

Siempre le gustaba contemplar el extraordinario y ancho paisaje que se extendía tras la pequeña terracita, ante la altura de los once pisos de su hotel. Pero hoy, en la mañana suave y grisácea de primavera, ante todos aquellos de-

licados matices, la mujer se emocionó, pues tras su máscara cinematográfica, Sandra Tamberlani ocultaba una auténtica sensibilidad independiente de la belleza de su rostro, de su gran estampa y de este espléndido busto que la propaganda muestra generosamente en las páginas de las revistas.

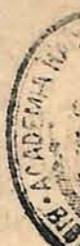
Sí, le gustaba contemplar aquel bello paisaje de las cercanías de Madrid. Primero, la frondosa depresión del río; después, los graciosos cerrillos que se alcanzan tras su cauce; más allá, el ondulado llano y, al fondo, la azulada muralla de la sierra cerrando el horizonte.

Lo contempló un rato y, al fin, Sandra Tamberlani abandonó el paisaje con un bostezo y entró en el cuarto de baño, para comenzar su complicada "toilette" matinal. Un hombre la estaba esperando abajo, en el vestíbulo del hotel, y era verdad que estas esperas la impacientaban. Mas, aquella mañana, Sandra se sentía ahogada en un mar de pereza, de aburrido hastío. Porque iba a comenzar un día más, a gastar otro día de su vida brillante y falsa en unas horas que no podrían traerle ya nada nuevo, ninguna sorpresa. Ella, Sandra Tamberlani, había llegado ya hasta donde podía llegar. Como artista y como mujer había alcanzado sus límites y se le antojaba que estos límites la encerraban en un espacio demasiado estrecho. Haría, sí, algunas películas más, a base siempre de su exhibición anatómica, dispondría del suficiente dinero para vivir caprichosamente y no le faltarian hombres aduladores al lado. ¡Hombres! Sandra Tamberla-

(Pasa a la pág. siguiente.)



belivron
JARABE COLERETICO - COLAGOGO



ni sonrió amargamente dentro del baño, al pensar en los hombres, dedicando esta sonrisa a su tercer marido, que era el único que la había interesado y del que acababa de divorciarse en Norteamérica, alegando motivos de crueldad mental. Los auténticos motivos eran, en verdad, otros, mucho más graves que la crueldad mental; pero no se podían alegar.

El agua fría de la ducha la hizo reaccionar un poco y, por eso, la dejó correr sobre su cuerpo, aún joven, pero no tan bien hecho como en sus películas parecía. Casi helada por el agua, salió del baño y comenzó a arreglarse. Tres cuartos de hora más tarde bajaba al vestíbulo del hotel, con una apariencia deslumbrante, que atraía todas las miradas.

Un hombre de mediana edad, con buena facha y gesto de triunfador, la recogió allí sonriente, a pesar de la espera, conduciéndola hasta un largo coche descapotable. Y, así, a su lado, Sandra Tamberlani comenzó la jornada.

Fueron a comer a la sierra, devorando los kilómetros, con esa urgencia que tiene actualmente el ocio. En un cruce, mientras repostaban el depósito de gasolina, Sandra se dió cuenta del sorprendente parecido que el hombre que atendía la estación tenía con su tercer marido. ¿Qué haría en aquel momento su ex marido? ¿Qué mujer le aguantaría su alcohol y su dinero? ¿Por qué no podría haber sucedido las cosas de otra manera, por qué...? El no era malo, ella no era mala, se habían querido, se querían aún tal vez y, sin embargo, su vida conyugal había sido un verdadero infierno. Algo tan destructor, que resultaba difícil reponerse de ello, alzar de nuevo la más pequeña ilusión.

Al volver hacia Madrid, cuando el coche arrancaba ante la entrada del hotel alpino, un niño que jugaba por allí le recordó a su hijo. Al hijo de su primer marido, un hombre que la deslumbró durante algunos días, pero al que nunca quiso. Su hijo tenía ahora diez años; era un niño inteligente, despierto, y en la última entrevista Sandra comprendió que era mejor no verlo así, de esta manera tan protocolaria y fugaz. Porque el hijo, su hijo, sí, a pesar de todo, la miró desde muy lejos, y, al despedirse, dejó sobre su mejilla maquillada un beso frío, rencoroso, no obstante los lujosos juguetes que le había llevado. Sí, era mejor olvidarlo, olvidarlo por ahora, hasta que los

años le hicieran comprender las cosas. Pero ¿las comprendería, acaso, alguna vez? ¿No le besaría quizá así siempre, con este beso rencoroso y frío?

El día de Sandra Tamberlani continuó pasando monótonamente. Esta semana no rodaba y la falta de trabajo empeoraba mucho las cosas. El hombre del coche la dejó a media tarde otra vez en su hotel y se marchó, orgulloso por haberla exhibido durante unas horas a su lado. Después llegó el guitarrista y Sandra se entretuvo un poco con la lección de guitarra. Más tarde salió para hacer unas breves compras en la próxima avenida, y a las nueve se encontraba otra vez en su cuarto.

Allí se descalzó y puso en el "pick-up" una sonata de Beethoven tocado por Rubinstein. Le gustaba la música, le gustaba más que nada en este mundo, y tal vez por eso la sonata le hizo llorar. Lloró un rato, silenciosamente, para ella sola, no para la cámara. Y después buscó en la mesita de noche el hipnótico que le hacía dormir algunas horas.

Destapó el pequeño frasquito y dejó caer en su bella mano un par de grageas relucientes, amarillentas. Iba ya a tragarlas cuando cruzó su pensamiento un relámpago desesperado. Podría tomárselas todas, vaciar en su mano el frasquito, que estaba casi lleno. Para acabar de una vez y de veras, no como cuando la propaganda le fabricó un falso suicidio por amor. Por amor de un degenerado príncipe italiano que le repugnaba.

Vertió bruscamente en su mano todas las grageas y contem-

pló, inmóvil, el brillante montón. Sobre el labio superior de su boca, el maquillaje comenzó a humedecerse, y un fino sudor perló la piel. Sandra parecía fascinada por la atracción de la muerte cuando el timbre del teléfono sonó una vez más, tiránicamente.

La mujer alzó la vista y miró al aparato con rencor. Otro hombre. El hombre de la cena, del baile en la sala de fiestas, de los "whiskis" de última hora. No. No quería ya más hombres a su lado. Todos eran iguales, absolutamente iguales, como automóviles fabricados en serie, y con ellos tan sólo cabía el cambiar de modelo. No. No los aguantaría ya más.

Pero el timbre sonaba, sonaba, y ella no podía tragarse aquel montoncito amarillento y brillante así ante aquel timbre irritante.

—Diga—pidió secamente, tras descolgar el microteléfono—. ¿Qué, qué dice...? No la entiendo, señorita... ¡Ah, sí! La chica esa, ya me acuerdo... ¡Qué tenacidad tiene esa muchacha!... Pues mire, la verdad, dígame que en este momento estoy ocupada, muy ocupada, y que tal vez otro día... ¿Comprende?... ¡Oh, no! No se preocupe usted; no me ha molestado... Adiós, señorita... ¡Ah, un momento, un momento, oiga, por favor! Dígame usted a esa chica que suba, que suba ahora mismo... Sí, ahora mismo, en seguida... He cambiado de opinión.

Sandra Tamberlani colgó el aparato, echó de nuevo en el frasquito las amarillentas grageas, peinó maquinalmente sus espléndidos cabellos y esperó con impaciencia la visita de su admiradora. Un momento tan sólo, porque muy pronto dos dis-



Hepatocolecistopatías

belivron

Asociación de Sorbitol
con el antiespasmódico R 253

JARABE



cretos y humildes golpecitos sonaron sobre la puerta de la habitación.

—Pase, pase.

—Con permiso.

Una chica espiritada, monilla, toda ojos, entró nerviosa en el cuarto.

—Bueno, tranquilícese, que yo no me como a nadie—rió Sandra.

—¡Oh, gracias, gracias! Usted no sabe lo que esto significa para mí. Adoro el cine desde niña; es mi única ilusión. Y usted es tan extraordinaria...

—Siéntese.

—No quisiera molestarla.

—No me molesta. Todo lo contrario. Acaba de hacerme un gran favor.

—¿Un favor? ¿Yo?

—Sí. Usted... Bueno... ¿Qué años tiene?

—Diecinueve. Pero estoy dispuesta a todo con tal de triunfar en el cine—advirtió apasionadamente la joven.

—¿A todo?

—A todo, sí.

Sandra Tamberlani buscó sus pitillos, ofreciendo después uno a la joven.

—Gracias. Todavía no fumo—confesó la chica, avergonzándose.

—¿Tiene usted padres?

—Sí. Los tengo.

—¿Y novio?

—También. Pero eso no importa, no vaya usted a creer. Si es preciso, lo dejaré.

Sandra calló un momento, observando a la joven. Era francamente mona, casi interesante; parecía despierta, y bien vestida luciría su buen tipo. Podría triunfar.

—Vamos a charlar un poco, ¿quiere?

—Claro que quiero. Pero temo molestarla.

—No. Ahora no tengo prisa, ninguna prisa... ¿Un "whisky"?

—No bebo. Tampoco bebo. Soy una tonta, ¿verdad? Pero cuando triunfe beberé.

La actriz sonrió con amargura. Después llamó a la centralilla del hotel para que, si la llamaban, dijeran que imprevistos trabajos la habían obligado a salir; se puso cómoda y se sentó frente a la joven con su pitillo y su vaso al alcance de la mano.

—Escúchame—tuteó con imprevista ternura—. Voy a contar-te mi vida. Y si después quieres ensayar el cine te ayudaré.

—¿Su vida? ¡Qué emoción! Debe de ser maravillosa...

—Voy a contarte la verdad. No lo que dicen los periódicos.

Y, sin más palabras, Sandra Tamberlani comenzó una brusca y sorprendente confesión. El relato de su vida, de su vida verdadera, la que sólo ella conocía.

Mientras hablaba, la estrella se bebió cuatro "whiskis" y acabó su paquete de pitillos. Pero cuando la joven se marchó, horrorizada por aquella dura y terrible confesión, Sandra Tamberlani sonreía.

Se sentía casi alegre, descansada, muy lejos ya de la anterior tensión. Acababa de salvar, sin duda, la felicidad de una vida joven y comprendía que entre tanta ruina aún le quedaba también a ella un camino abierto, un camino real. El camino de la verdad.